

# El Día Gráfico

REDACCIÓN  
DIRECCIÓN COMERCIAL  
Y ANUNCIOS

Plaza de Cataluña, 9 - Tel. 14160

IMPRESA Y TALLERES  
MUNTANER, 49

ENTRADA:  
Pasaje de la Merced, núm. 8  
Teléfono 31518



SUSCRIPCIÓN CAPITAL

Ptas. 2'25 al mes

SUSCRIPCIÓN PROVINCIAS

Ptas. 3'50 trimestre

NÚMERO SUELTO

VEINTE CÉNTIMOS

Barcelona, domingo 29 de Mayo de 1932



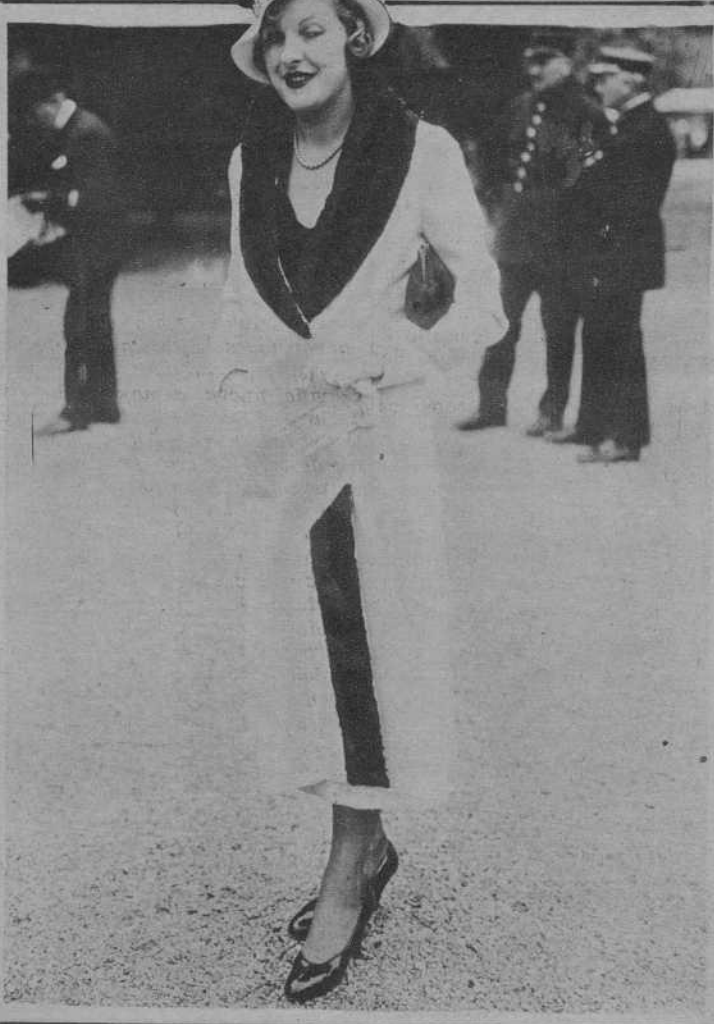
DE LA EXCURSION REALIZADA POR EL INSTITUTO CATALAN DE SAN ISIDRO  
Lago y grupo escultórico, en una de las fincas visitadas por los excursionistas  
(Fot. Maymó)

# MODAS



**LAS ELEGANCIAS**

RONDA SAN ANTONIO, 31-PRAL  
TELEFONO 31.399



Lo tomarán  
sus hijos  
con verdadero  
placer.



El distintivo del Jarabe de HIPOFOSFITOS SALUD es que su sabor es agradable y que constituye una verdadera golosina para los niños.

Este Reconstituyente de la infancia, tiene las tres mejores cualidades: agradable, eficaz y económico. Un sólo frasco es suficiente para producir en sus niños un cambio notable; abre el apetito, fomenta el crecimiento, nutre la sangre, despierta alegría y buen humor y aleja para siempre el peligro del raquitismo, la anemia y la tuberculosis.

## HIPOFOSFITOS

## SALUD



Suministrados los Hipofosfitos Salud a un niño mío que padece una debilidad general, con mucha inapetencia, le han probado admirablemente, habiéndole vigorizado mucho, y, sobre todo, le han aumentado de modo extraordinario el apetito; estoy tan satisfecho de este resultado que tendré un gran honor recomendar este preparado a mis conocidos y clientes. — Juan Bregante, Médico. Casetas (Zaragoza).

De uso en todo tiempo.  
Aprobado por la Academia de Medicina.  
No se vende a granel.























Notas gráficas  
de actualidad



Córdoba.—La bellísima señorita María Luisa Pérez Heus, proclamada Reina de los Juegos Florales, celebrados con motivo de la Feria de la Salud.—(Fot. Santos)



# NATEL

ALIMENTO IDEAL PARA NIÑOS, ANCIANOS Y ENFERMOS

EFFECTOS INMEDIATOS:

Curación de los estados escorbúticos, anemia, etc. Desaparición de vómitos y diarreas. Aumento de peso muy notable. Perfecta digestión. Sueños tranquilos. Facilita la erupción dentaria sin trastornos digestivos.

**El profesor FINKELSTEIN, director del Hospital de niños, de Berlín, en 24 de marzo de 1929, dice:**

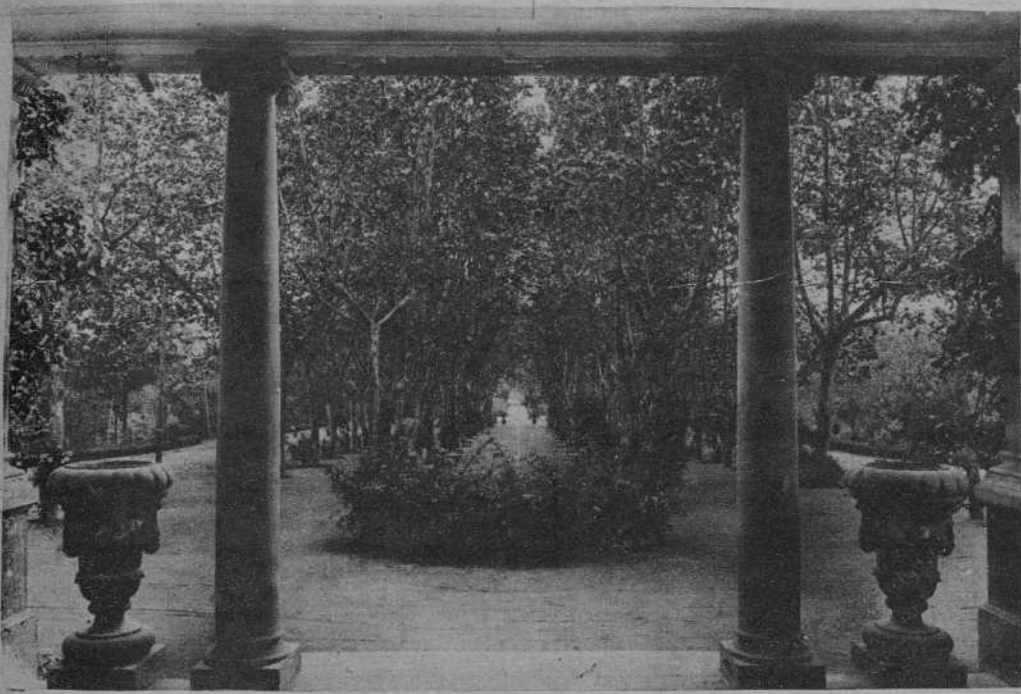
«Con motivo de haber tratado con «NATEL» un caso de «colitis» pertinaz, y logrado hacer desaparecer con sorprendente rapidez los trastornos intestinales, empleamos «NATEL» en este Hospital de Niños, de Berlín, con regularidad, para el tratamiento de la colitis crónica (disentería), así como para el de otras afecciones similares. Desde entonces hemos logrado en casos similares, especialmente en niños en la época de la lactancia y de uno-dos años, que padecían disenteria, y en los cuales, después de vencer el estado agudo, persistían invariables, a pesar de todos los intentos de tratamiento, las diarreas mucosas o muco-sanguinolentas, la curación por «NATEL», a veces a los pocos días; en los demás pacientes, después de dos-tres semanas. Como detalle interesante, desde el punto de vista clínico, hago observar que la dosis de «NATEL» no ha de ser demasiado reducida. Nosotros damos seis cucharadas de las de té al día: unos 40 a 50 gramos.»

**El profesor G. VIDAL JORDANA, de la Facultad de Medicina y de la Inclusa de Valladolid, comunica:**

«Sigo obteniendo muy brillantes resultados con el empleo de «NATEL», siendo tan sorprendentes sus resultados, que tengo el decidido propósito de emplearlo sistemáticamente en la alimentación de los niños.»

Pida usted folleto gratuito al  
**LABORATORIO LLOPIS**  
PASEO DE ROSALES, 8 y 12. - MADRID

LEA EL PROSPECTO QUE ACOMPAÑA A CADA BOTE ANTES DE PREPARAR LOS BIBERONES, SOPAS, ETCETERA, DE «NATEL»



Las frondosas alamedas de entrada al **BALNEARIO TERMAS ORION**, de Santa Coloma de Farnés, cuyas salutíferas aguas adquieren tan justa fama



Antonio María, del Cine Arenas, vencedor de la prueba ciclista cinematográfica, en plena carrera.—(Fot. Salazar)



El almirante Saito, nuevo presidente del Consejo de ministros del Japón.—(Ft. Vidal)



## EL PLACER DEL SPORT...

... es una delicia en todo tiempo, pero las excursiones, los juegos en contacto con la Naturaleza, los ejercicios son el mejor encanto de la Primavera. \* Para sentir el cuerpo ágil, libre de toxinas y en posesión de salud y bienestar, es indispensable beber medio vaso de agua con una cucharadita de "Sal de Fruta" ENO. Porque la acción de ENO limpia la sangre de impurezas, ayuda a la renovación orgánica que se realiza en Primavera y mantiene el organismo sano, limpio y ágil. \* La "Sal de Fruta" ENO es una deliciosa bebida refrescante y efervescente que asegura la salud y coopera con la Naturaleza a la adaptación del organismo a los cambios de estación.

"SAL DE FRUTA" **ENO**

PURIFICA LA SANGRE

Concesionario: FEDERICO BONET  
Apartado 888 - Barcelona

Otras notas gráficas de actualidad



El ilustre profesor de la Facultad de Medicina de Roma, doctor Díaz, en un momento de la notable conferencia que dió en el Hospital de la Cruz Roja, siendo presentado por el eminente cirujano doctor García Tornel, y con asistencia del Cónsul de Italia (Fot. Merletti)



Concurrentes al banquete de homenaje, celebrado en el Ritz, con que fué obsequiado don José María Tallada, nuevo Director del Banco de Vizcaya. — (Fot. Merletti)



Villafraanca del Panadés.—Inauguración de la Exposición Agrícola, celebrada con motivo de las Fiestas y Ferias.—(Fot. Amadeu)



San Martín de Provensals.—Proclamación de «Miss Igualdad», en la «Agrupación Musical Montserrat». — (Fot. Solares Rodé)



Manresa.—Un momento de la procesión del Corpus.—(Fot. Casals)



La mujer moderna con razón toma contra dolores VERAMON

El cuidado del hijito, - tarea sagrada de la madre -, no sufrirá interrupción por cualquier súbito ataque de dolor teniendo a mano el VERAMON, antidoloroso que en pocos minutos elimina cualquier dolor, por fuerte que sea, sin atacar el corazón ni perjudicar el organismo. Ejerce especialmente efectos seguros y rápidos en los dolores de cabeza, de muelas y los propios de la mujer. Tómelo sin vacilar, pues le prestará muy buenos servicios.

TUBOS DE 10 Y 20 TABLETAS - SOBRE DE 2 TABLETAS

**VERAMON**



Estado en que quedó el edificio de la calle de Carretas, completamente destruido por un incendio, en la tarde del viernes. — (Fot. Merletti)



Paris.—Macetas de hortensias, en la Exposición de Horticultura, que acaba de inaugurarse. — (Fot. Consorcio)

La sombra de Abraham Lincoln

# De cómo la realidad ofrece abundantes tipos de "literatura estimulante, para la juventud"

Grandes hombres de origen humilde



David Lloyd George, hijo de un maestro de escuela



Ramsay Mac Donald, hijo de un pescador de Escocia



Henrich Brüning, hijo de un destilador



Joseph Stalin, hijo de un vendedor ambulante



Thomas Masaryk, hijo de un cochero

¿Ustedes saben lo que es la «literatura estimulante», para la juventud? Pues una forma de la novelística, los protagonistas de cuyas obras son siempre gente humilde que, siempre, también, llegan a millones.

Sabían ustedes ya, naturalmente, lo que era la tal literatura. Pero la verdad es que nunca la tomaron demasiado en serio. ¿De limpiabotas a millonario? ¡Bah, eso no es posible! Y, sin embargo, sí lo es. Con frecuencia asombrosa.

No puede afirmarse, naturalmente, que todos los ciudadanos que se dedican a limpiarle el calzado a la Humanidad, lleguen a apallear millones. Pero si es cierto que, desde las modestas capas sociales, puede llegarse a ocupar la primera línea de los primeros planos.

Muchos de los hombres que hoy rigen los destinos de Europa, tuvieron origen humildísimo. Vease:

La carrera del primer ministro de Inglaterra, Ramsay Mac Donald, ha sido considerada como un fenómeno verdaderamente norteamericano.

Mac Donald es hijo de unos humildes pescadores de un pueblo de Escocia, llamado Moray Firth. El hogar de la familia era una pequeña casa de dos habitaciones, con techo de paja, y el salario paterno era de unos cuantos chelines por semana.

De muchacho fué a la escuela del pueblo; pero al llegar a los catorce años empezó a trabajar como los demás. Al principio pensó ser pescador como su padre, pero después cambió de idea y se fué a trabajar en una factoría vecina.

Después, por un golpe de suerte, el maestro del pueblo, que seguramente había notado su inteligencia, lo nombró su ayudante. Mac Donald supo aprovechar esta nueva oportunidad, y con unas pesetillas que había ahorrado, se compró libros de segunda mano. Después ganó un premio en un concurso de un periódico. Esto le decidió a marcharse a Londres a probar fortuna.

En Londres vagó algún tiempo por las calles sin tener un céntimo. Por fin consiguió un empleo como conductor de omnibus, y más tarde entró de dependiente en un almacén. Gastaba todo su dinero en libros, y estudiaba tanto que a los veinte años perdió la salud por exceso de estudios.

A raíz de esto, su porvenir se le presentó oscuro, pues perdió el empleo por incapacidad física. Pero Thomas Lough, miembro liberal del parlamento, lo hizo su secretario privado, pagándole un sueldo de siete chelines por semana. Comenzó entonces su ascenso en la política. Se adhirió a la «Fabian Society of Socialists», fue periodista y ayudó a fundar el partido «Laborista».

Como secretario del partido fué uno de los que más ayudaron a su construcción. Poco después entró en el Parlamento y comenzó su carrera pública, que le ha hecho llegar a ser cabeza de Gobierno del imperio británico.

Bastante parecida ha sido la carrera de David Lloyd George, uno de los predecesores de Mac Donald en Dawnig Street, y famoso en el mundo entero como primer ministro de Inglaterra durante la guerra.

Lloyd George nació en la ciudad comercial de Manchester. Es hijo de un maestro de escuela. Su padre murió cuando él apenas contaba dos años de edad. Su madre y él, que habían quedado en la miseria, viéndose obligados a refugiarse en casa de un hermano de ella, que era zapatero, y en cuya casa pasó David toda su niñez.

Tan escasa era la comida, que uno de los más grandes placeres del muchacho era el que se le brindaba los domingos por la mañana, al poder comer medio huevo con el desayuno.

Con gran dificultad pudo estudiar lo suficiente para ser admitido en el foro. De ahí el paso a la política fue corto. En 1890 fué elegido en el Parlamento. Desde entonces es uno de los miembros de mayor influencia.

últimamente elevado a la dignidad de Par, y que es una de las más famosas figuras de Inglaterra.

Snowden es hijo de un tejedor, y quería ser maestro de escuela. Pensaba que esa era la más alta posición a que podía aspirar un muchacho de su categoría. Pero las circunstancias hicieron imposible esto. Cuando estaba a punto de examinarse para optar a un cargo en el Estado, quedó paralizado a raíz de un accidente.

Pasó dos años en el lecho, y aprovechó ese tiempo para estudiar el socialismo, y cuando pudo moverse algo—todavía es paralizado en parte—, entró en el partido Laborista, en el cual ocupa un destacado lugar.

La aristocrática Francia no está exenta de hombres públicos que proceden de pobre cuna. Pierre Laval, primer ministro, nació en un pueblo rural y de padres extremadamente pobres. Siendo muchacho fué dependiente de carnicería. Después de su trabajo ayudaba a su padre, que era carretero. Con todo, se arreglaba para tener tiempo para dedicarse a sus estudios, siendo ayudado con bondad por el cura del pueblo, que le enseñó el latín y el griego.

A medida que crecía, procuraba tener tiempo para ir a la escuela secundaria, de la cual salió para ser maestro. Poco después se fué a París e ingresó en el periodismo. Luego entró en la política, poco antes de la gran guerra.

Eduardo Herriot, que ha sido primer ministro de Francia, fué otro muchacho de condición humilde, que se elevó por su esfuerzo. Su madre fué sirvienta en casa de Maurice Barrés, quien se dio cuenta de que Eduardo debía seguir la carrera universitaria. Poseedor de un gran cerebro, Herriot subió rápidamente, una vez terminados sus estudios. Muy joven, fué intendente de la ciudad de Lyon, cargo que conservó por espacio de varios años.

bien conocida por todos. Hijo de un herrero de pueblo, que era también un socialista revolucionario, el futuro dictador aprendió a leer después de cumplir los quince años.

Si siguiendo los pasos de su padre, se hizo radical. Marchó a Suiza como albañil, y fué encarcelado una vez como vagabundo. Varias veces luchó contra la policía, siendo después editor de un diario socialista. Las autoridades italianas lo tenían fichado como elemento peligroso, hasta que Italia intró en la gran guerra.

Fué al Parlamento en 1921. Su carrera, a partir de esta fecha, es demasiado conocida para repetirla ahora.

Henrich Brüning, canciller de Alemania, también proviene de clase pobre. Era hijo de un no muy nombrado destilador. Su familia pudo darle una regular educación. A los veinte años se adhirió al movimiento de la Unión Comercial. Sus amigos le pronosticaban que llegaría lejos; tal vez a ser secretario de alguna Unión.

Brüning demostró la mayor actividad durante la guerra mundial, y fue político preeminente después del armisticio, cuando Alemania se convirtió en República.

En Rusia ya es una costumbre que los jefes de Estado sean de clases inferiores. Joseph Stalin, dictador de Rusia, es uno de ellos.

Nació en la provincia de Georgia, en la más humilde cuna. De muchacho fué vendedor ambulante en las calles de Tiflis, como su padre; después entró en un seminario para seguir la carrera de cura, del cual fué expulsado por sus ideas radicales.

Muy pronto se le nombró miembro del partido revolucionario. Fué encarcelado seis veces, expulsado de Rusia, adhiriéndose al partido bolchevique, cuando este fué for-

mado. Conoció a Lenin en 1905, y desde entonces hasta la revolución, fué uno de los más preeminentes y activos miembros de dicho partido. Durante algunos años fué el brazo derecho de Lenin.

Mustafá Kemal, dictador de la república turca, no era de clase tan humilde como los ya mencionados, pero sus principios fueron bastante malos. Su padre era empleado de la aduana turca en Salónica, y murió mientras el futuro dictador era pequeño. La madre no omitió sacrificios para ganar su sustento y el de sus hijos, y Kemal pudo examinarse para ingresar en la Academia Militar Turca.

Una vez en la Armada, se hizo miembro revolucionario en la «Sociedad por la Libertad». Varias veces tuvo enredos con el Gobierno, y rompió con Enver Bey después de la revolución de los «jóvenes Turcos», que terminó con el régimen del sultán Abdul Hamid. Solamente después de la gran guerra llegó a ser una figura destacada en el Gobierno.

Thomas Masaryk, presidente de Checoslovaquia, era hijo de un cochero, en los días del viejo imperio austriaco, cuando los hijos de los cocheros no podían mejorar de posición.

Durante su juventud fué aprendiz de cerrajero en Viena, ganando una miseria. Estudiando con enormes dificultades, Masaryk llegó a ser maestro. Poco antes de la guerra era profesor de estudios eslovacos, en la Universidad de Londres. Durante la guerra se le presentó la ocasión de conseguir la independencia para su país, e inmediatamente comenzó una campaña constante a su favor, con el resultado de todos conocido.



Philips Snowden, hijo de un tejedor



Eduardo Herriot, hijo de una criada



Mustafá Kemal, hijo de un empleado de Aduanas



Benito Mussolini, hijo de un herrero



Pierre Laval, hijo de un carretero

La ilusión de tal carnicería le solocó de júbilo durante algunos minutos. Luego se apesó del caballo, se remanzó los brazos y empezó a disparar.

Al silbido de la primera flecha volvieron la cabeza todos los ciervos a la vez. Hicieronse algunos huecos en la masa. Alzaronse quejidos y un gran tumulto acrió el rebato.

El rebote del valle estaba denudado alto para franguear, y saltaban en el recinto buscando por donde escapar. Julián apuntaba, tiraba; las flechas llovían como los rayos de una tormenta.

A. fin sucumbieron, desplomados sobre la arena, la haba en el hocico, las entranas fuera y la ondulación de sus vientres descendiendo por grados. Luego todo quedó inmóvil.

Julián, recostado en un árbol, contemplaba con ojos muy abiertos la enormidad de la matanza, sin comprender cómo había podido hacerla.

El ciervo grande, que le había visto, dió un salto. Julián le envió su última flecha. Y alcanzó la frente y allí quedó clavada.

mas enervantes. Hundidose en montones de hojas muertas, aporrose contra una encina para alentar un poco.

De pronto saltó a su espalda una masa más negra: un jabalí. Julián no tuvo tiempo de coger su arco y se arrojó él mismo como de una desgracia.

Luego, al salir del bosque, divisó un lobo que se escurría a lo largo de un seto. El lobo se detuvo: volvió la cabeza para verle y siguió su carrera.

Una hora después encontró en un barriano un toro furtivo, con los cuernos en alto y escarbando la arena con el pie.

Una mestita, un escabel, una cama de hojas secas y tres copas de arcilla: he aquí todo su ajuar.

Después que entró en la barca, ésta se hundió prodigiosamente vencida de su peso. Una sacudida la puso a flote, y Julián comenzó a remar.

daban hacia muchos años siguiendo vagas indicaciones, sin perder la esperanza. Tanto dinero habían necesitado para el peaje de los ríos y las hosterías, para los derechos de los príncipes y las exacciones de los bandidos, que habían vaciado el fondo de su bolsa y ahora caminaban mendigando.

La riqueza de la habitación les asombraba mucho, y el viejo preguntó por qué habían puesto en los muros el blasón del emperador de Occitania.

Entonces se estremeció acordándose de la predicción del gitano, y la vieja pensó en las palabras del permitado. El gitano de su hijo no era, seguramente, sino la autora de espiñones eternos; y ambos quedaron embebidos a la vez del candoroso que alumbraba la mesa.

Tras un minuto de vacilación, Julián desató la amarra. Las aguas, de pronto, se calmaron, resbaló la barca sobre ellas y tocó en el otro ribazo, donde esperaba un hombre.

Después que entró en la barca, ésta se hundió prodigiosamente vencida de su peso. Una sacudida la puso a flote, y Julián comenzó a remar.

A cada golpe de remo la resaca de las olas la levantaban por delante. El agua, más negra que la tinta, corría con

Julián reculó con indecible espanto. El prodigioso animal se detuvo, y con los ojos llamantes, solemnemente como un patriarca y como un ejecutor, mientras doblaba a lo lejos una campaña, repitió hasta tres veces:

¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito! ¡Corazón de fiero! ¡Una día asesinarte a tu padre y a tu madre!

¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte!

¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte!

¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte!

¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte! ¡Yo no puedo matarte!





arrojos y subían hacia el bosque; y cuando el ciervo comenzaba a gemir, lleno de mordeduras, él lo remataba presuntamente; luego se desleñaba en la tierra de los machos que lo devoraban, desmenuzando sobre su misma piel humeante.

Los días de niebla se perdía en un pantano para acochar a los patos, las nutrias y los ánades.

Tres palafreteros le esperaban al rayar el alba al pie de la grada, y ya podía el buen mozo asomarse en su fraganzal y hacerle señas para que volviera. Julián no se detenia. Salían con el rigor del sol, lloviento a mares, en medio de la tormenta; bebía el agua de los manantiales en la mano, comía, cabalgando, manzanas silvestres; si estaba fatigado, descansaba al pie de una encina, y volvía a media noche, cubierto de sangre y de barro, con espaldas en los cabellos y trascendiendo al olor de las bestias feroces. Llegó a ser como ellos. Cuando su madre le pesaba, Julián aceptaba firmemente su abrazo como si estuviera soñando.

Mató los osos a cuchilladas; los toros con el hacha, los jabalíes con el venabio; y hasta una vez, como sólo tuviera en la mano un palo, se defendió contra los lobos, que estaban roviendo unos cadáveres al pie de una horca, que estaba ya medio podrida.

Una mañana de invierno salió antes del alba, bien equipado su ballesta al hombro y un haz de flechas en el arzón de la silla.

El otono danés, seguido de dos zarceros, caminando con paso igual, hacía resonar el suelo. Gotas de escarcha se pegaban a la capa; soplaban una brisa violenta. Un lado del horizonte se iluminaba, y al resplandor del crepúsculo vio brincar a los conejos en la boca de sus madrejeras. Los dos pernillos se abalanzaron sobre ellos, y a éste y al otro rápidamente les partieron el espinazo.

Enseguida penetró en un bosque. En la punta de una rama dormía, con la cabeza bajo el ala, un gajo silvestre enlucido por el fío. Julián, de un revés, le segó con su espada. Las dos patas, y sin detenerse, continuó su camino.

Tres horas después se halló en la cima de una montaña alta que el cielo parecía casi negro. Delante de él había una roca, como ancho muro tendido a plomo sobre

Con frecuencia festejaba el castreño a sus viejos compañeros de armas. Bebian, y mientras recordaban sus guerras, los asaltos de fortalezas con las mágnimas de batir las prodigiosas heridas. Al oírlos, Julián lanzaba grandes gritos, su padre no tenía duda de que más tarde llegaría a ser un conquistador. Pero por la noche, como salía del *Angelus*, al pasar entre los humildes mendicantes, acudía a su escarcela con aire tan noble y tanta modestia, que su madre daba por seguro que habría de verle con el tiempo arzobispo.

Su sitio en la capilla estaba al lado de los padres, y por largos que fuesen los oficios, permanecía de rodillas sobre su reclinatorio, la gorra en tierra y las manos juntas.

Un día, durante la misa, vio, al levantar la cabeza, a una ratita blanca que salía de un agujero del muro. Corrió por el primer escalón del altar, y tras dos o tres vueltas a la derecha y a la izquierda, se escondió en el mismo sitio. Al domingo siguiente, la idea de que acaso volviera a verla le disgustaba. Salía, en efecto, y todos los domingos la esperaba, tan molesto, que acabó por tomarla odio, y resolvió deshacerse de ella.

Cerrando antes la puerta y sembrando por los peñaños las migajas de un bollo, se apostó delante del agujero con una varita en la mano.

Al cabo de mucho rato apareció un hocico rosado y luego la rata entera. Descargó un ligero golpe y se quedó estupefacto ante aquel cuerpecito que ya no se movía. Una gota de sangre manchó la losa. La limpió muy de prisa con su manga, tiró fuera la rata y no dijo nada a nadie.

Pajarillos de toda especie picoteaban los granos del jarrón. Imaginó meter guisantes en una caña hueca, y cuando oía pjar en un árbol se acercaba despacio; luego alzaba su tubo, inflaba las mejillas y los animalitos le llovían sobre los hombros tan copiosamente, que reía sin poderse contener, satisfecho de la malicia.

Una mañana, como volviera por la cortina de la muralla, vio sobre la cresta almenada un palomo grande que se engallaba al sol. Julián se detuvo para mirarlo; en aquel sitio

Era el alba. Al otro lado de los narrajos distinguió la techumbre de su palacio.

Llegó vivo en las linderas de un campo, a tres pasos de intervalo, perdidos rojos que revoloteaban en los surcos. Saltó su capa y la tendió sobre ella como una red. Cuando llegó a descubrirlo no halló más que una sola y muerta hacia ya mucho tiempo, corrompida.

Esta decepción le exasperó más que todas. La sed de sangre volvía a apoderarse de él. Faltando los animales, hubiera querido matar hombres.

Escaló las tres tres terrazas, hundiéndose en un pufetazo la puerta; pero al pie de la escalera el recuerdo de su mujer le enterneció el corazón. Estaba dormida, sin duda, e iba a sorprenderla.

Se quitó las sandalias, volvió la llave con cuidado y entró. Las vidrieras, guardadas de plomo, oscurecían la palidez del alba. Julián se empujó los pies en los vestidos que yacían por tierra; un poco más lejos tropizó con la credencia cargada toda de vajilla. "Ha comido, sin duda", se dijo, y avanzó hacia el lecho, hundiéndose entre las tinieblas en el fondo de la estancia. Cuando estuvo a la orilla se inclinó para besar a su mujer sobre la almohada, donde descansaban las dos cabezas, una junto a otra. Entonces sintió contra su boca la impresión de una barba.

Retorcido, creyendo que se había vuelto loco, pero volvió junto al lecho y palpó hasta encontrar unos cabellos muy largos. Para convencerse de su error volvió a pasar lentamente la mano por el almohadón. ¡Era una barba lo que encontraba esta vez! ¡Y un hombre! ¡Un hombre acostado con su mujer!

Estalló en una cólera inmensa; saltó sobre ellos a puñaladas, pateando, echando espuma, y allanado como una bestia feraz. Luego se detuvo. Los muertos, atravesados al corazón, ni siquiera se habían movido. Escuchó atentamente los dos estertores casi iguales, y a media que iban debilitándose, otro muy lejano los continuaba. Confusa al principio, aquella voz lastimera, sostenida insistentemente, se acercaba, se hinchaba, llegaba a ser cruel: reconoció, alterado, el bramido del enorme ciervo negro.

Se fué mendigando su vida por el mundo. Tendía su mano a los caballeros en los caminos; acerbábase con genuflexiones a los segadores, o permanecía inmóvil ante la verja de los patios, y su rostro era tan triste, que nunca se le negó limosna.

Por espíritu de humildad contaba su historia; entonces todos hulan, haciendo la señal de la cruz. En los pueblos por donde había pasado, ya tan pronto como le conocían cerraban las puertas, le gritaban amenazas y le tiraban piedras. Los más caritativos ponían una escudilla en el reborde de la ventana y luego cerraban las maderas para no verle.

Rechazado de todos, evitaba a los hombres y se alimentaba de raíces, plantas, frutos caídos y conchas que iba buscando por las playas.

Alguna vez, al descender una cuesta, veía bajo sus ojos una confusión de techos amontonados, con sus flechas de piedra, fuentes, torres, callejas negras encruzándose, desde donde subía hasta él un zumbido continuo.

La necesidad de mezclarse a las existencias ajenas le hacía bajar a la ciudad. Pero el aire bestial de las caras, el estruendo de los oficios, la indiferencia de las palabras helaban su corazón. Los días de fiesta, cuando la campana grande llenaba de alegría, desde el amanecer a todo el pueblo, él veía salir a los vecinos de sus casas, luego danzas en la plaza, fuentes de cerveza en las esquinas, colgaduras de damasco ante la morada de los príncipes, y al llegar la no-

hallazgo! Pero el leproso ososo alargaba el brazo y de un solo golpe vació el cántaro.

Después dijo:  
—¡Tengo frío!  
Con su capucha, Julián encunenció un montón de hehecho en medio de su cabaña.

El leproso vino allí a calentarse, y a calentarle sobre sus talones, temblaba con todo el cuerpo; sus ojos no brillaban ya, sus úlceras manaban, y con una voz casi extinta murmuró:  
—¡Tu lecho!

Julián le ayudó suavemente hasta la cama, y aun extendió sobre él, para cubrirle, la tela de su barca.

Gemía el leproso. Las comisuras de su boca descubrirían los dientes; un estertor acelerado le sacudía el pecho, y a cada aspiración el vientre se le hundía hasta las vértebras. Luego cerró los parpados.

—¡Tengo como hielo en los huesos! ¡Ven junto a mí!  
Y Julián, separando la tela, se acostó sobre las hojas secas, cerca de él, a su lado.

El leproso volvió la cabeza.  
—¡Desnúdate, para que yo tenga el calor de tu cuerpo!  
Julián se quitó sus ropas; luego, desnudo como él día en que nació, volvió a echarse en su cama y sintió en los muslos la piel del leproso, más fría que una serpiente y áspera como una lima.

Trató de darle ánimos y el otro respondió jadeando.  
—¡Ay! ¡Voy a morir!... ¡Acérrame! ¡Caléntame! ¡No, con las manos no! ¡Toda tu persona!  
Julián se tendió completamente encima, boca contra boca, pecho contra pecho.

Entonces el leproso le estrechó: de pronto sus ojos fueron claros como estrellas, alzóronse sus cabellos como los rayos del sol, el soplo de su aliento tenía el dulzor de las rosas, una nube de incienso elevábase del hogar. Entretanto, una abundancia de delicias, un júbilo sobrehumano descendió

Se alistó en una partida de aventureros que pasaba. Conoció el hambre, la sed, las fiebres y la miseria. Se acostumbró a las luchas y al aspecto de los moribundos. El viento curió su piel. Endurecióse sus miembros con el contacto de sus armaduras, y como era fuerte, valiente, sobrio y discreto, consiguió sin trabajo el mando de una compañía.

Al empezar las batallas arastraba a sus soldados levantando su espada con un gesto magnífico. Trepaba a lo alto de las ciudades con una cuerda de nudos, en plena noche, balanceado por el huracán, mientras las llamas del fuego griego se pegaban a su coraza, y la resina ardiente y el plomo fundido manaban de las almenas. Con frecuencia el choque de una piedra destruyó su escudo. Se hundieron sobre él puentes harro cargados de hombres. Blandiendo su maza de armas se libró de calorosos caballeros. Desató, en campo cerrado, a cuantos se lo propusieron. Más de veinte veces le creyeron muerto.

Gracias al favor divino libró siempre bien, porque proteje a los eclesiásticos, a los huertanos, a las viudas y principalmente, a los ancianos. Cuando veía un mercader delante de él gritaba para conocer su rostro, como si tuviera miedo de matarle por equivocación.

Escarrosos fugitivos, villanos sublevados, bastardos sin fortuna, toda especie de gente intrépida arrojaron bajo sus banderas, y así fué formando su ejército.

LA LEYENDA DE SAN JULIAN EL HOSPITALARIO

(NOVELA)

G. FLAUBERT

Así aumentó, y fué famoso y solicitado. Uno después de otro, socorrió al Deifin de Francia y al rey de Inglaterra, a los templarios de Jerusalén y a los de Calcuta...

Le consularon sus confictos las repúblicas y obtiene conaciones inesperadas en las entrevistas de los embajadores. Si un monarca procedía con exagerada injusticia, se presentaba él de pronto y él hacia sus administraciones. Libert reinas encerradas en torres, y él, nadie más que él, mató a la hija de Milán y al dragón de Oberbirich...

Julián consiguió su tesoro. Julián corrió a la ciudad, mató al califa, le cortó la cabeza y la arrojó como una bola por encima de las murallas. Luego sacó al emperador de su prisión y le puso otra vez en su trono en presencia de toda su corte.

como inundación en el alma de Julián, transportado; y aquellos cuyos brazos le estrechaban iba creyendo, creyendo, hasta tocar con su cabeza y con sus pies las dos paredes de la caballa. El techo se desvaneció, el firmamento se desplegó y Julián subió hacia los espacios azules, cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo, que le llevaba al cielo.

Y esta es la historia de San Julián el Hospitalario, poco más o menos como aparece en un vitral de iglesia de mi país.

de despacho cuando se le presentó un mensajero que venía de un reino lejano, trayéndole una carta que había escrito el príncipe de...

La estancia, invadida por el crepusculo, aparecían iluminadas por incrustaciones abiertas en los muros. Columnas altas y finas como cañas sostenían los arcos de la bóveda, decorados con relieves que imitaban las estalactitas de las grutas.

Había allí surtidores de agua en las salas, mosaicos en los patios, paredes festoneadas, mil delicadas de arquitectura, y por todas partes tal silencio, que se oía el roce de una banda o el eco de un suspiro.

Julián no guerraba ya. Descansaba, rodeado de un pueblo tranquilo, y todos los días pasaba una multitud delante de él, él que genuflexiones y besaban a lo oriental.

Vestido de púrpura, puesto de codos en el alféizar de una ventana, acordábase de sus caceras de antaño, y hundía la cabeza en las almohadas de seda.

El término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con una voz distinta de la suya la encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. Le legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retener siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarian en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios, dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que de ahora en adelante él no existía ya.

de entierro a los muertos con magnificencia en la iglesia de un monasterio, a tres jornadas del castillo. Un monje, con la cogulla baja, siguió al cortejo, separado de los demás, sin que nadie osara hablarle.

Permaneció toda la misa de brucees en medio del atrio, los brazos en cruz y la frente en el polvo. Después del entierro se le vió tomar el camino que conduce a las montañas. Se volvió muchas veces y acabó por desaparecer.

El ruido de de las matres la había despertado, y al llegar con una sola mirada lo comprendió todo. Huyó, loca de terror, dejando caer su antorchita.

En su padre y su madre estaban delante de él, tendidos de espaldas, con un agujero en el pecho, y parecía que sus rostros, llenos de mansuosa dulzura, guardaban un secreto eterno. Salpicaduras y charcos de sangre mostrábanse sobre su blanca piel.

Cristo de marfil suspendido en la alcoba. El reflejo escarlata de la vidriera herida ya por los rayos del sol iluminaba aquellas manchas rojas y proyectaba otras muchas en toda la estancia. Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que aquello no era posible, que se había engañado, que hay, en ocasiones, parecidos inexplicables.

Al fin se inclinó ligeramente para ver muy de cerca al anciano, y distinguió entre sus párpados mal cerrados una chispa extinguída que le quemó como si fuera fuego. Luego se volvió al otro lado del lecho por ver el otro cuerpo, cuyos cabellos blancos ocultaban parte del rostro.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. Le legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retener siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarian en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios, dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que de ahora en adelante él no existía ya.

Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que aquello no era posible, que se había engañado, que hay, en ocasiones, parecidos inexplicables.

Al término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con una voz distinta de la suya la encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. Le legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retener siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarian en lo alto de la escalera.

tenía una brecha la pared y había guijarros al alcance de la mano. Sacudió el brazo y la piedra derribó al pájaro, que cayó a plomo en el foso.

Desgarrándose en las zarzas, huyéndolo todo, más ligero que un can joven, se precipitó hacia lo escondido. El palomo, con las alas rotas, palpitaba colgado de las ramas de un líquistro.

La persistencia de su vida irritó al niño. Se lanzó a estrellar en edad de aprender la montería, y fué a buscar un viejo cuaderno manuscrito que encerraba todo el deporte de la caza en preguntas y respuestas. Un maestro enseñó en ella a sus discípulos el arte de educar los perros y adiestrar los halcones, de tender lazos, de cómo reconocer al ciervo en su vaho, al zorro en sus huellas, al lobo en sus escarbaduras; el mejor medio de discernir sus caminos, de qué manera se les lanza, dónde se encuentran habitualmente sus refugios, cuáles son los vientos más propicios, con enumeración de las vocerías y de las reglas de la ralea.

Cuando Julián pudo recitar de memoria todas esas cosas, su padre le arrecrió una jaquilla.

Primeramente se veían vehnicuatro lebreles berberiscos más veloces que gacelas, pero propensos a desbocarse; luego diez y siete parejas de perros bretones, rayados de blanco sobre fondo rojo, de crédito bien ganado, fuertes de pecho y grandes ladadores. Para atacar al jabalí y para las refriegas peligrosas había cuarenta gritos peludos como osos. Mastines de Tartaria, casi tan altos como asnos, color de fuego, largo espinazo y el jarrete recto, estaban destinados a perseguir los uros; la negra piel de los españoles lucía como el raso; el ladrillo agudo de los falbols compensaba el de los podencos sochantres. En un patio aparte gruñan, sacudiendo su cadena y rodando las pupilas, ocho dogos alemanes, animales formidables que saltan al vientre de los caballos y no tienen miedo de los leones.

Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que aquello no era posible, que se había engañado, que hay, en ocasiones, parecidos inexplicables.

Al término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con una voz distinta de la suya la encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. Le legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retener siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarian en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios, dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que de ahora en adelante él no existía ya.

Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que aquello no era posible, que se había engañado, que hay, en ocasiones, parecidos inexplicables.

Al término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con una voz distinta de la suya la encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.















# Julio Romero de Torres

## Responso de la simpatía

«Maestro»...

Dos años ya, dos años de muerte tras de ti. La noche de mayo llega rendida con la dulce carga de tu memoria. En el cielo de Madrid hay esta noche una luna de cuarto creciente, y más arriba, sobre el reflejo de sus dos cuernecillos de cristal, un lucero. Se ve desde aquí esta alusión posible al ensueño islámico, no sé si exacta o sugerida sentimentalmente por la mujeruca torpe y mugrienta, gárgola humana de esquina, que junto al estanco concluye de ofrecernos un décimo.

Aquí, es la calle de Alcalá, a las once de la noche. En esa hora, la calle de Alcalá se queda quieta de ruidos, sucia de papeles, en un tertago de luces y de gentes. La mujeruca, mira y remira al fondo del estanco con sus ojos turbios—de mucha cazalla, de muchas madrugadas, ¡phsi!... ¡si es lo mismo!—, los posa en los lienzos de las paredes y dice con una melancolía emocionada: «¿Cómo pintaba el señorito Julio?». Aún la vieja, transida en su admiración más que humana, añade si la preguntan: «¿Mú principal que era el señorito Julio! De lo «mejó de lo mejó», en señorío, en ángel y en derroche». Al calor de la confianza se alisa lo revuelto de la pelambre, garbea un tic coquetón de antigua «bailaora» y asegura, sin fe en que lo crean: «Yo fui modelo en el cuadro

de «La copla»...

«Maestro!»...

La noche de mayo llega rendida con la dulce carga de tu memoria...

«Mú principal», él, don Julio, gustaba de pasear la noche por esta misma calle, a esta misma hora de quietud, derramando la sorna amable de su eterno saludo entre la gente: «¡Con Dió, maestro!». Venía del barrio de las coplas que se inicia en la calle de la Cruz, todavía con el palillo de la cena a flor de dientes, contoneando su señoril apostura. Alegre siempre, al fundirse con la calle de Alcalá se le iba por la boca el retozo pinturero de «los caracoles», y sentía la justicia de este cante en los saludos a su popularidad, el «¿Cómo reluce cuando suben y bajan los andaluces?».

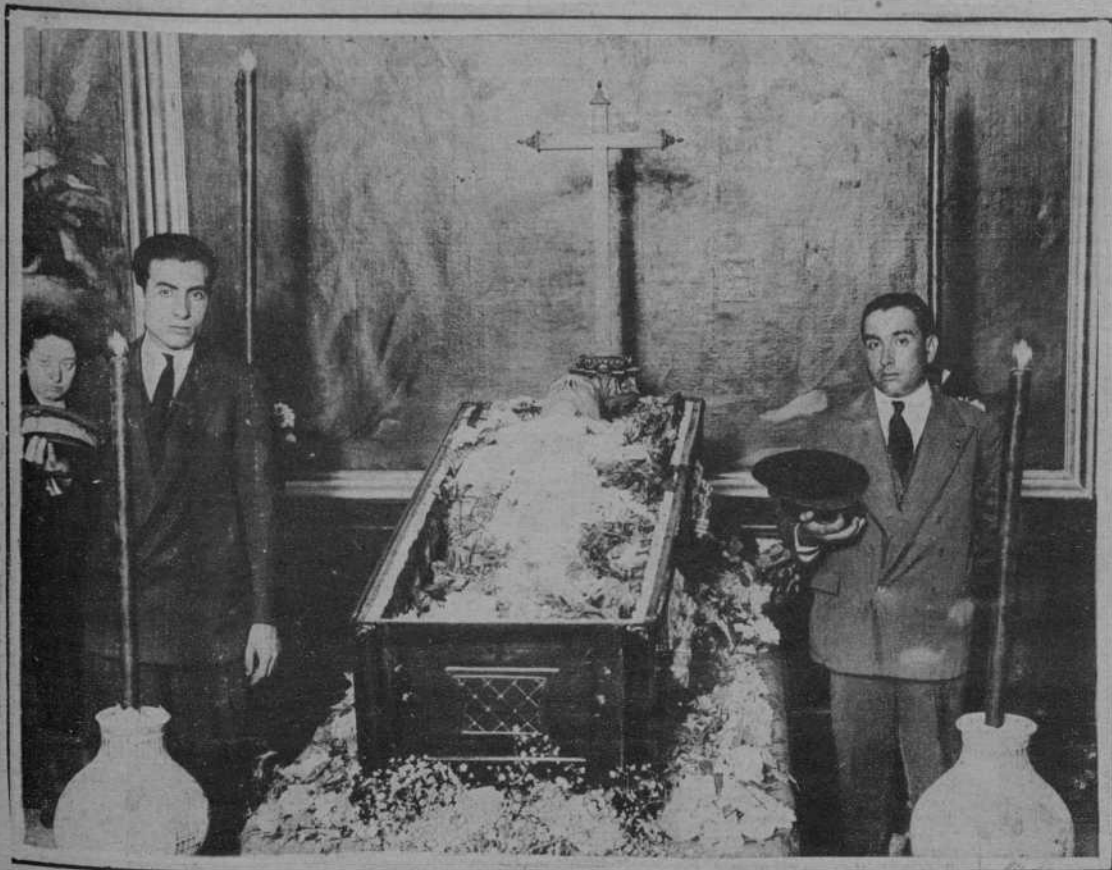
Ya dos años negros de olvido siguen la estampa de su evocación. ¿Y en estos dos años?... En los cafés de su fama, los cafés de la calle de Alcalá, clarea el número de sus amigos: Sánchez Rojas, Paco Viú... La muerte le va trasfandando junto a su reposo definitivo lo mejor de la tertulia. Día a día se extingue «su» Madrid, el Madrid de sus triunfos, la baraja de sus «maestros», y día a día, la estela recordaba de su simpatía es más leve: esta musa de «La copla» que vende décimos ahora; los frescos de un estanco como lámpara votiva de su parte...



Julio Romero de Torres



El maestro, pintando



El cuerpo muerto del pintor, en la capilla ardiente



La tumba de Romero de Torres, cubierta de flores, en Córdoba

En el segundo aniversario de su muerte, al recordar aquel torero caro de la pintura, se levantan los ojos sin saber por qué hacia este cielo de Madrid, que en su noche de mayo—luna creciente, un lucero muy parado—evoca con nostalgia un ensueño islámico. El «maestro», en esta noche, venteaba al aire, y con la boca cargada de sensualidad, decía: «Ahora, en Córdoba la llana, olerá a almendro y azahares»...

Pero la evocación del «maestro» no pasa adelante. Se impone a ella la brusca impresión de que hoy, ya, Julio Romero de Torres, desconocería «su» Madrid. Sentimentalmente concluye y artísticamente va por rutas muy dispares de su lirismo italianizado, aquel lirismo donde jugaban una partida ardiente los siete crespones de los pecados capitales y la hulla melancólica de una posible Andalucía. ¿Una posible Andalucía? Sí. Allá, en Córdoba, la llana, siguen todos los pretextos de su pintura: el misticismo y la voluptuosidad de sus mujeres, la resignación de sus calles, la clausura de los patios donde el agua canta su pereza... Pero ¿son iguales los pretextos? Si Romero de Torres los volviera a ver, no los encontraría igual; hasta su Andalucía se extingue... Hay en el aire el anuncio caliente de una emoción nueva que desposee a los antiguos símbolos de su moruna indiferencia. El Cristo trágico de la plaza de los Faroles, el Cristo humilde

que ha quemado con resignación tiempo y tiempo el óleo popular de la campiña cordobesa—aceite, devoción—, tiene ahora un ceño duro y rojo de Cristo anarquista.

La simpatía... Otro valor del artista muerto. La simpatía, ¿y la simpatía? La simpatía, ya, ni en Madrid ni en Córdoba es una potencia. La gente simpática se va muriendo de prisa... Con Julio Romero de Torres comenzó a irse de masiada. El mismo, después, Sánchez Rojas, luego Paco Viú... La ciudad se va quedando vacía de «maestros». Muere hoy uno, mañana otro... Se pasa al día siguiente ante el portal casi fraterno, y al día siguiente mismo ya se ve ese ruín cartelón que es como un puntapié en el alma: «se alquila un cuarto»...

Así vivimos... No importa, no te importe, Faraón de los pinceles, principal del señorío y del derroche: a ti siguen recordándote la calle de Alcalá, las noches de mayo, las vendedoras de décimos y, puede, aunque lo dudo, que los artistas.

Desde luego, hoy, las guitarras de los colmados del barrio del Ateneo, lucirán ojeras profundas, y la copla eterna

«Eres mi primer amor  
tú me enseñaste a querer»...  
gemirá con más cansada tristeza...

FRANCISCO LUCIENTES



Los precios  
que ofrece  
**EL BARATO**

en artículos de  
novedad

**ATRAEN UNA  
EXTRAORDINARIA  
CONCURRENCIA.**

y es que, las Señoras que desean elegir sus vestidos entre lo mejor y lo más nuevo sin pagar precios excesivos, compran en estos Almacenes.

● ————— ¡Ahora mismo acaban de recibirse artículos de última creación, y vea qué precios de venta!

**EPONGÉ** algodón  
lavable, colores novedad, para  
vestidos Señora

El metro, **1'25** ptas.

**SCHANTUNG** seda  
artificial, colores finísimos; tam-  
bién es artículo lavable

El metro, **2'25** ptas.

**PIQUÉ SEDA**  
artificial, todos colores, género  
riquísimo para vestir

El metro, **3'90** ptas.